

a las fuentes de la alta cultura, permitiendo, en condiciones delimitadas por la licencia legal, la traducción a idiomas vernáculos, la radiodifusión pública y, aún, la publicación de la obra original, cuando los propietarios de los derechos no faciliten dicho acceso.

Agregó el doctor Plazas que la antigua ley colombiana, número 32 de 1886, contenía un artículo que establecía una limitación similar sobre las obras originadas en países distintos a los de habla española, y que dicho artículo había sido calurosamente defendido por nuestro gran polígrafo Miguel Antonio Caro, con argumentos muy similares a los que se aducían ahora a favor del protocolo de Estocolmo.

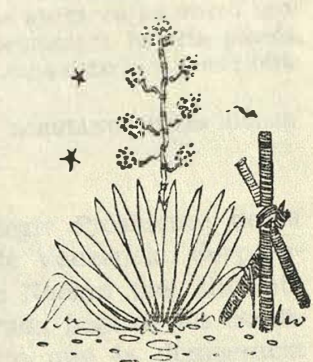
Para terminar, advirtió el peligro de que el protocolo de Estocolmo pudiera ser aprovechado por las mismas empresas industriales, trasladándose a los países en desarrollo, para beneficio de la limitación de los derechos, lo que debería ser drásticamente impedido por las legislaciones nacionales.



LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN VENEZUELA

Por el Dr. J. J. Rodríguez Cordero

Resumen. La democracia cristiana en Venezuela...



Problemas de Actualidad

LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN VENEZUELA

Por *Agustín Rodríguez Garavito*.

“Sentimos la emoción profunda de que hemos sido enviados al mundo en una hora en la que si queremos dar testimonio, debemos estrujar nuestro corazón con el dolor de los que sufren”.

RAFAEL CALDERA.

“En una de las puertas de este continente, con la conciencia de nuestro mestizaje conciliador, con el horizonte de grandes espacios virginales, con la única nobleza que a cada cual señalan sus obras, los venezolanos estamos esperando. Aquí el hombre no se ahoga en su marco geográfico, ni en la abrumadora historia pasada, porque puede salir a conquistarla y a escribirla cada día”.

MARIANO PICON SALAS.

Ejemplares las elecciones para elegir Presidente de la República en la hermana República de Venezuela. Sorprendente la madurez democrática de una Nación que, durante muchos años, estuvo sometida a la ferrada bota de los caudillos voluntariosos y violentos. Es cierto que la democracia no es perfecta en parte alguna del orbe. Que no lo ha sido nunca. Pero sorprende y deslumbra el caso venezolano. Porque en pocos países del mundo se ha pasado tan rápidamente y en forma tan hermosa y viril, del amo y señor del rebenque, al juego intelectual que comporta la política comprendida como una pedagogía moral, un clima de almas. Es cierto que Venezuela no es un país pobre, doblado por signos adversos. El petróleo, su mayor fuente de divisas, le permite una opu-

lencia de que carecen otros pueblos. Pero, como lo ha dicho el Presidente electo, doctor Rafael Caldera, "el pueblo venezolano sabe que la tarea fundamental de la sociedad de lograr las condiciones concretas que permitan a los hombres el mayor grado de perfección posible, *no se realiza sino en la medida en que cada hombre asuma su responsabilidad concreta*".

El nuevo Presidente de Venezuela considera que hay mucha tarea que realizar en su Patria y a ella va a dedicar su mente, sus luces y su vida batalladora y austera. Porque no obstante la riqueza que le proporciona el petróleo, hay masas marginadas, esperanzas yacentes, injusticias que son un freno al desarrollo. Considera el Presidente Caldera que mientras existan injusticias en la distribución de los bienes, Venezuela no saldrá de cierto estado un poco perplejo, que impide el desarrollo pleno de la nacionalidad. Es verdad que el gobierno de Acción Democrática cumplió una labor importante y esclareció los rumbos de la libertad. Este solo título lo hace acreedor al aplauso de los buenos americanos. Raúl Leoni se ha hecho acreedor al título de ciudadano emérito en una América mestiza, en la cual suenan roncos tambores que convocan a la indiada, al mulataje, al criollaje, a una labor fecunda y de positivos resultados.

El Presidente Caldera considera en su programa presidencial que, antes que todo, en el nuevo orden social está la persona humana. El hombre hace la historia y la padece. Y como dice Caldera en forma magistral, "la sociedad es para el hombre, no el hombre para la sociedad. Es una de las bases de la democracia cristiana. En un tiempo en el cual, por razón del avance prodigioso de la técnica, se ha deshumanizado la sociedad, es necesario volver a encontrar las fuentes, integrar la gran comunidad nacional sin egoísmos, en una tarea cuyos propósitos no sean de un grupo sino de toda la sociedad movilizada".

Tiene Venezuela las mejores condiciones humanas y económicas para el logro de estos propósitos. La divisa nacional es estable, las reservas de moneda extranjera son superiores a cualquier otro de los países de Indo-América. Es dueña de lo que los economistas llaman "moneda dura". Allí no se conoce el fenómeno de la inflación. El porcentaje de analfabetos ha sufrido una radical reducción al solo 17%, según

cálculos de la Revista THE ECONOMIST para América Latina. La agricultura empieza a tomar volumen y se diversifica la industria. El venezolano tiene una buena ración de esperanzas. Porque es un país de novecientos mil kilómetros cuadrados, donde sólo viven ocho millones de habitantes. No falta espacio ni promesa de abundancia. Tiene regiones inexploradas, el horizonte abierto y vacío de sus grandes llanuras. Prima con sus grandes caídas de agua, las lejanías de la Gran Sabana. La Isla Margarita, de las perlas, la diversidad de tipos humanos tenaces y laboriosos.

Pasó el tiempo de los líderes y caudillos. De los políticos oxidados y cortesanos. De los generales beneméritos, de voluntad omnímoda. Hoy Venezuela ha cambiado diametralmente de rumbos. En economía, en cultura, en técnica. Las gentes ya no se resignan a vivir en la oscuridad. Y el programa del Presidente Caldera es una invitación a que despierten las grandes energías nacionales para una obra en común. Pero siempre dignificadora.

El nuevo Presidente sostiene que es amargo el drama de las ciudades venezolanas que crecen desmesuradamente, se multiplican los rascacielos, existe una gran floración urbana, rosa de piedra y metal, mientras en otros sitios del país, aún existen chozas miserables donde se hacina una población que merece ser redimida. El Presidente Caldera es un idealista. Y lo afirma en sus programas. Muchas veces su tono es algo mesiánico. Y tiene razón. Si América no se redime tanto de la miseria como de su pobreza intelectual, es poco lo que avanzará en busca de la lucha de encontrarse a sí misma.



Convoca al pueblo venezolano a la conquista de su dignidad. Pero no parcelándola, sino haciendo de ella la meta de los objetivos reales. El pueblo tiene derecho a participar en esta transformación, porque es a él a quien se busca en la inmensidad de su territorio para que participe en la tarea. El margariteño, el coriano, el cumanés, el maracaibero, es hijo también de Venezuela y ha ayudado a crear su destino.

Poco tienen que hacer los políticos marrulleros en una cruzada mesiánica como la que propone Caldera. Es la hora de la cultura y de la técnica. La felicidad no va a venirle al pueblo venezolano en forma de hada madrina. Tiene que empujar con el pecho su propio porvenir. Es preciso tener fe en el destino nacional. Una conciencia creadora y reveladora. No simples argucias, ni marrullerías. Rafael Caldera ha luchado durante veinte años por los postulados de la democracia cristiana. Con ejemplar honestidad. El podría decir como el gran colombiano que fue José Vicente Concha, cuando sus adversarios le pidieron un programa. Concha se limitó a responder: "Mi programa es mi vida". Porque antes que las palabras, las promesas, el engaño electoral, el astuto juego de la demagogia, están los hombres que van a realizar una revolución. Ya es hora de mirar hacia ellos y olvidarnos un poco de las teorías, de las concepciones brillantes y muchas veces inútiles.

Ha llegado la hora de Caldera. De un cristianismo ferviente y militante. Nosotros, amigos del gran conductor, lo saludamos con la esperanza de que haga de Venezuela una de las grandes naciones de América.

La hora no es de desangrarse sino de obtener un pleno desarrollo humano y espiritual. Hay sueños que tienen tanta fuerza interior, que se convierten en certezas. Además, el Presidente Caldera es un ferviente amigo de Colombia, circunstancia que abre de par en par las puertas del diálogo.

Bogotá, febrero de 1969.



El Espejo
en el Camino